

Enric Segarra

Justicia social: cambio tranquilo

Difícilmente hoy alguien discutiría que uno de los retos que tiene ante sí nuestra sociedad es el de la justicia social. Una sociedad, cómodamente asentada en un modelo socioeconómico implantado con éxito –al menos en la cara rica del planeta– pero que, como todo sistema, es imperfecto, no llega a todos y necesita ajustes para que nadie se quede al margen.

Es muy fácil culpar de ello al propio sistema y pedir cambios a gritos. Pero, hoy, pocos serían los que se atreverían a ir más allá (¿quizás a iniciar revoluciones tumultuosas como las habidas en los siglos anteriores?) para cambiar las reglas de juego en pos de esa justicia social. El tiempo de

las grandes revoluciones urdidas desde la desesperación de los más ya pasó, porque hoy, los más, están bien servidos.

En un mundo competitivo y cambiante (y lo digo a partir de la creencia de que eso es bueno), la continua mejora de nuestras capacidades, junto con la voluntad de avanzar, deviene un aspecto fundamental para poder sobrevivir. En un mundo como el nuestro, los menos beneficiados –los marginados– son los que están menos preparados y, por ello, los que más difícil lo tienen para incorporarse al sistema a través del mercado laboral, pues bien poca cosa tienen para ofrecer.

Es justamente aquí donde podemos hacer más de lo que hacemos; sin estridencias, sin aspavientos. Todos, poco o mucho, podemos enseñar alguna cosa. Si dedicásemos una parte de nuestro tiempo li-

bre (uno de los más valiosos beneficios que nos ha reportado el sistema actual) a devolver a la sociedad parte de aquello que hemos aprendido, iniciaríamos un ciclo de mejora social sin precedentes. Aquellos marginados de hoy que, gracias al desinterés de otros muchos, se formen y se vayan integrando en el sistema, servirán de ejemplo para que los menos beneficiados del mañana, vengan de donde vengan, los sigan y se puedan ir incorporando, consolidando así un sistema que, pese a no ser perfecto, ¡no es malo!

¿La alternativa? Mirar hacia otro lado, lamentarnos y esperar que sean los estados los que se ocupen. ¿El riesgo? Acabar creando ciudadanos que esperen que todo se les dé hecho. En nuestra mano está, pues, el modelo para el cambio que queremos. ●

E. SEGARRA, director Leadership Development Programs y profesor de Esade (URL)